Solamente ocupa un cadáver la siguiente serie: el de Fernando VII, el cual vino al Escorial desde Madrid, en 3 de Octubre de 1833.

Los otros sepulcros del lado que nos ocupa, están vacíos, pero ya reservados: el primero para la reina Doña Isabel II, que habita ahora en Paris, como se sabe; el segundo para las cenizas de Alfonso XII, actualmente en el *pudridero*, y el último para Don Alfonso XIII.

Del lado de la epístola se hallan las urnas, en la misma disposición que las que acabamos de ver, ocupadas, respectivamente, la primera de todas por el cuerpo de la Emperatriz Doña Isabel. Síguele el de la Reina Doña Ana, y en esta proporción los de las soberanas que han dejado sucesión, hasta la consorte de Fernando VII, á la que seguirá, en la urna destinada al efecto, la actual Reina Regente de España Doña María Cristina. Los ataudes colocados encima de la puerta están vacíos.

Unicamente se hallan depositados en esta cripta los cuerpos de los reyes coronados ó de las reinas que, como acaba de decirse, han tenido descendencia; pues las demás cenizas reales de soberanos, príncipes é infantes, se encuentran en el otro panteón por cuya puerta pasamos para éste.

¡Cuántas reflexiones pueden hacerse en el sitio en que nos encontramos! ¡Qué de recuerdos surgen á la vista de las urnas frías, de aquella enorme huesa donde manifiesta se halla la miseria humana! ¡Cenizas, polvo nada más, que en vano guardan admirables jaspes y valiosos bronces!

Pero todavía nos aguarda la Historia con su libro abierto, en otro sitio cercano, también morada de la muerte, aunque menos rica, pero más cargada de cenizas. Abandonemos tan fúnebre lugar; dejemos que el eco de ferviente *requiem* se dilate y pierda en los ámbitos de la regia cripta; no sigamos turbando el sueño eterno de los soberanos de España, y encaminemos nuestros pasos hacia el panteón de los Infantes.

Será el tema de las siguientes líneas.

CAPÍTULO X.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

CONSÉRVASE en los archivos del Real Monasterio una carta autógrafa del Rey Don Felipe IV, fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1654, en la cual dispone el soberano que, una vez acabada del todo y aderezada con la magnificencia fastuosa correspondiente á su objeto, la obra del panteón, se trasladen los despojos de sus antepasados á aquella bóveda y en este orden: los del Emperador Carlos V, los de su esposa la Emperatriz Doña Isabel, los de Felipe II, los de la Reina Doña Ana, cuarta mujer de este monarca; los de Felipe III y de la Reina Doña Margarita, su única esposa, y finalmente, los de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera consorte de Felipe IV. En esta misma carta manda también que desde tal fecha en adelante, "por haberlo oído decir así á su padre," cuando empezó la obra, que sólo han de ser inhumados en la real cripta "los reyes propietarios de esta Corona, y de las Reynas de quienes huviessen quedado sucessores: y con los que adelante fueren entrando desta calidad, se guardará la misma (sic) orden y distribución en los otros Nichos."

Por tanto, y á fin de que tuviese efecto la disposición de

los autores de este insigne monumento, fabricóse una gran galería, también subterránea y guardada por la reja de bronce que hemos conocido, y en la cual galería, llamada "el panteón de los Infantes," tendrían cabida las cenizas de todos los que no hubiesen tenido la suerte de tomar asiento en el trono, de las soberanas que de sí mismas no dejasen pósteros, y en general, de los miembros de la real familia.

Sin duda por la considerable extensión que tiene la tumba muda de los Infantes, y porque hubo necesidad, por medio de grandes ventanas, de dotarla de no poca luz, este lugar es menos pavoroso que aquel que visitamos ya; parece entrarse con menos temor, si es que nunca puede dejar de infundirlo la morada de la muerte, no obstante que nos hallamos entre cajas sepulcrales; entre estatuas yacentes que parecen levantarse de sus tumbas de mármol para increpar á los mortales que osan turbar el reposo funerario de los que allí duermen para siempre.

¡Singular contraste el de ambos panteones! Se sale de las tinieblas que pueblan la cripta de los reyes, encogido el corazón, cargada la cabeza con el peso de recuerdos mil, conturbado el espíritu ante la sola imagen de la muerte, y éntrase después al de los otros silenciosos moradores, en donde siquiera se respira, en donde más amplitud existe para que se dilate el corazón y el alma se despierte un tanto del letargo en que entra por la influencia del medio que la envuelve.

Abandonemos, pues, carísimo lector, la obscura y marmórea bóveda que oculta los momificados restos del Emperador Carlos V, y los de sus regios descendientes, que tiempo nos falta para acabar de recorrer lugares importantes del admirable monumento que en vuestra grata compañía visito.

Sin separarnos mucho del sitio que ha poco fué objeto de nuestra curiosidad y nuestro asombro, ascenderemos ocho gradas, desde el pavimento de la cripta; ya se recuerda que ahora nos encontramos pisando uno de los descansos pavimentados de magnífico mosaico de mármol, y que, á mano

derecha, se nos franqueará, por una puerta de maderas finas, la entrada al panteón de los Infantes, al que vamos á llegar, después que atravesemos una pequeña pieza y subamos nuevamente por una escalera en abanico, hecha de piedra berroqueña.

Preséntase desde luego á nuestra vista, decoración absolutamente distinta á la del panteón de los reyes; su decorado espléndido es modernísimo: data apenas de la época del malogrado Rey Don Alfonso XII.

El panteón consta de una inmensa galería, dividida á tramos, en varias piezas todas rectangulares y con techo de magnífica bóveda plana.

En el centro de la primera pieza se alza, labrada en mármol, una construcción circular, en cuya superficie convexa tiene practicada una serie de pequeños nichos. En este monumento, ataviado con lujo y sencillez, se guardan los restos de los párvulos de la familia real. En todas las demás piezas levántanse sobre el suelo y arrimados á los muros, los sarcófagos de mármol blanco, verdaderos ataudes formados de un zócalo de poca altura, sobre el cual descansa un paralelipípedo cuya cara superior remata en otro cuerpo trapezoidal. Arriba de cada uno de estos singulares y sencillos nichos en la pared, se realza el nombre de la persona abajo sepultada, y el blasón de las armas de su casa.

Nuestro guía nos hace observar que debemos recorrer en orden aquellas tumbas, y atravesando primeramente todas las piezas, damos principio á nuestro examen por la última de todas, fijándose nuestra atención en el primer sepulcro que queda entrando á nuestra derecha y en el rincón del fondo. Las armas que allí se muestran son las de España, pero rematan en corona de Príncipe; el epitafio, consistente en las palabras: CARLOS, HIJO DE FELIPE II, y que se halla en latín, nos recuerda toda una tragedia histórica acerca de la vida de este Príncipe celebérrimo en los anales de España. Éste fué aquel turbulento infante incapaz de toda nobleza de corazón,

de "índole aviesa"—según la frase de un historiador—de "genio impetuoso y violento" y que se complacía en degollar por su mano los gazapos que le traían vivos de la caza, por el placer de verlos palpitar y morir ante su vista; éste fué aquel que, mano armada y como un criminal vulgar, lanzóse un día y en plena calle sobre el Duque de Alba para atravesarle con un puñal el corazón; él mismo fué aquel Príncipe que pretendió, por frívolas causas, hacer otro tanto con el Presidente del Consejo de Castilla, Don Diego de Espinosa, llamándole *curilla;* hasta que, cansado el Rey su padre, de tanto escándalo y tanta desvergüenza, le encerró, cual prisionero, en una pieza de sus habitaciones, donde el Príncipe se entregó á todo género de locuras, por cuya consecuencia sucumbió, para bien de la humanidad, en 24 de Julio de 1568.

No ha faltado quien haga responsable al mismo Felipe II de la muerte de su hijo: alguien añadió, por el misterio en que quedó envuelta la prisión del príncipe, que éste, sin saberse cómo y cuándo, había desaparecido de repente, ignorándose su fin. Sin embargo de todo, el cadáver de Don Carlos, que había sido sepultado con toda pompa en el convento de Religiosas de Santo Domingo el Real, de Madrid, al cabo de los cinco años, y viviendo aún Felipe II, exhumóse de allí para ser solemnemente trasladado al Escorial, como en efecto se verificó en 8 de Junio de 1573, trayéndose al monasterio en ese mismo día las cenizas de la Reina Doña Isabel, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, reyes de Francia, tercera esposa de Felipe II, y cuyo cadáver se encuentra cerca del de el Príncipe Don Carlos. El sepulcro de éste abre, pues, la serie de los nichos murales que, en número de cincuenta y uno, distribúyense en las piezas de la manera ya indicada.

De esta suerte, es para nosotros más cómodo seguir recorriendo los sepulcros; ¡pero son tantas las cenizas y tantos los acontecimientos que en nuestra mente se agolpan! Por aquí apuntamos un nombre conocido en todos los fastos españoles, por allá distinguimos otro interesante; por todas partes vense surgir personajes, protagonistas de hechos inmortales, caudillos victoriosos ó princesas ejemplares. Sobre la tumba de nuestra izquierda se lee el nombre de la Reina de Francia Doña Leonor, hermana de Carlos V, traída al Real sitio el año 1574; más allá el del Infante Don Fernando, hijo de Felipe III, Cardenal y administrador perpetuo del Arzobispado de Toledo; seguidamente el del Archiduque Wenceslao, Gran Prior de San Juan, hijo del Emperador Maximiliano, sobrino de Felipe II; después el del Infante de España, Baltasar Carlos, hijo del IV Felipe y de Isabel de Borbón, y..... cuarenta nombres más.

Esa tumba, que en medio de un cuarto no muy grande sostiene, hecha en blanco mármol, la estátua yacente de un guerrero cubierto de armadura y con larga tizona, es la del insigne Don Juan de Austria, el hijo natural de Carlos I de España, de quien heredó, como en breve frase se ha dicho, "la grandeza de su alma," ya que no la de su corona; allí duerme, allí reposa. Los restos mortales del vencedor de Lepanto, el cual había muerto en Flandes, cerca de Namur, el 1º de Octubre de 1578, se condujeron al Escorial en 24 de Mayo de 1579.

Hay otros sepulcros, fábricas muy posteriores más ó menos suntuosas, y que, separándose del estilo general, poseen primorosas estatuas en diversas actitudes, ya de rodillas, ya tendidas sobre los lechos mortuorios. Largo y cansado sería referirnos á todo lo que el recinto que nos ocupa encierra. La imaginación pronto se fatiga y otro tanto le pasa al cuerpo: básteme decir que se hallan cerca de setenta cadáveres, quizá algunos más, reposando en este sitio de perpetua soledad; y hay número suficiente de nichos, en su mayor parte destinados ya, á los miembros de la actual familia real de España y á los que le sucedan.

Este panteón tiene, como el anterior, su *pudridero*, y en él

se hallan actualmente, según se nos dijo, el cadáver del Duque de Montpensier.

Pero, ¡basta ya de cenizas y de muertos! Mucho se ha prolongado, aunque necesariamente, si se quiere tener una vaga idea de estos lugares, nuestra visita á los panteones. Salgamos de ellos á respirar el ambiente libre y purísimo de los claustros y de los jardines, y para distraer un poco el espíritu y dejar del todo concluída esta parte, no discurramos por otros sitios sin habernos detenido un instante en la sacristía del templo, por cuya puerta tenemos indispensablemente que pasar.

Verificada nuestra salida de la mansión de la muerte, nos hallamos á la izquierda con la antesacristía, que ya conocemos, é inmediatamente con una puerta frontera á aquella que nos sirvió para penetrar al templo. Abierta, preséntasenos una vastísima galería como de treinta metros de longitud por nueve de latitud: es la sacristía mayor que se extiende de Norte á Sur.

Creo que el lector gozará, á no dudarlo, con todo lo artístico y hermoso; la sacristía guarda primorosas reliquias del arte, valiosísimos tesoros que se conservan como joyas de indisputable mérito.

El Escorial no sólo es interesante desde el punto de vista histórico ó de los recuerdos; es un rico museo, como veremos, que posee objetos tan raros, que puede decirse que son únicos, quizá, en el mundo. Ya veremos salas todas atestadas de relojes, otras de tapices, en los cuales se representan ya victorias de los reyes de España, ya cuadros colosales con diversas é interesantes escenas históricas. La sacristía mayor nos ofrece ahora á nuestra contemplación, bellezas de las que sólo en Europa puede saborearse el gusto, recrearse ampliamente la vista y aprender lecciones de aquellas que jamás se olvidan, porque se gravan en el corazón.

¿Y cuánto no se elevará el espíritu artista, si contempla en lienzos inmutables los originales mismos de Rafael, del Tintoreto, de Ticiano y de los más universalmente renombrados maestros?

Pero divago: á su tiempo vendrán tales consideraciones, y ahora ocupémonos someramente en la descripción general de la sacristía. Cubren su pavimento baldosas de mármol pardas y blancas; sus muros se ven tapizados de cuadros con diversos asuntos; á lo largo de la pared, frente á las ventanas, hay una suntuosa cajonería de caoba, cedro, terebinto, acana, boj y nogal. Los muros terminan á ambos lados de la puerta de entrada por una cornisa, de donde arranca soberbia bóveda de cañón, pintada al descuído, pero con arte; en esta bóveda están practicadas las ventanas que dan luz á la sacristía.

Decoraron las paredes obras de Leonardo de Vinci, de Rubens, de Murillo, de Andrea del Sarto, de José Rivera (el Españoleto), de Ticiano, de Rafael, de Tintoreto, de Fray Sebastián del Piombo, de Sánchez Coello, del Greco; en resumen, de los príncipes de la pintura.

En el fondo de la sacristía, y como cosa notabilísima, destácase lo que llaman el Retablo de la Santa Forma, en un altar, el cual, cuajado de mármoles, jaspes y bronces, á no dudarlo es una verdadera maravilla. El orden arquitectónico empleado es el compuesto; el frontal del altar, de bronce dorado á fuego, tiene hermosos bajos relieves con las vidas de varios santos; y encima de la mesa álzase un gran cuadro al óleo, obra del inimitable Claudio Coello, y que es la representación de esta misma sacristía, en los momentos de hacerse la procesión, verificada al colocarse aquí la Santa Forma: se ven retratados cuantos personajes asistieron á la mencionada ceremonia.

De uno y otro lado de tan bello altar, cuya sola descripción buena parte de estas líneas nos ocuparía, existen dos puertas riquísimas, de maderas incrustadas de concha y bronce, correspondiéndose todo el conjunto en arte y en magnificencia. Ambas puertas conducen á un cuarto primoroso, dispuesto á espaldas del altar, que es el Camarín, forrado todo de már-

mol, y desde el cual puede verse otro altar que corresponde al primero, así como el templete de la Forma, que ve el público desde la sacristía dos veces al año, bajándose el lienzo del altar, y que pintó, como se ha dicho, Claudio Coello.

Valioso, rico, elegante, artístico es, pues, cuanto encierra la interesante sacristía que nos ocupa, y para que realce más el mérito que tan acabada obra pudiese para nosotros tener, agregaré que, al hacerse la visita de este lugar, muéstranse al viajero ornamentos soberbios, vasos sagrados de exquisita forma y otros muchos objetos de este género, hechos con el primer oro y la primera plata que los bajeles españoles transportaron de América á la Península.

Sigamos admirando en otras partes nuevas joyas: discurramos fuera de la sacristía, carísimo lector, pues quédanos por ver el convento, el palacio y algo de notorio interés y de curiosidad suma: las habitaciones en que vivió y murió el regio autor del Escorial.

CAPÍTULO XI.

EL ESCORIAL.

(Concluye.)

VAMOS á dar hoy cima á nuestra larga visita, recorriendo con la necesaria brevedad lo que aún nos falta por ver de tan famoso monasterio.

Al salir de la sacristía mayor, donde nos quedamos anteriormente, pasaremos al vastísimo claustro principal que forma un cuadro, pudiéndolo recorrer en todas sus cuatro partes. Lo cubren grandes vidrieras que le dan el aspecto de galerías, decoradas al fresco por varios autores, con pasajes del Nuevo Testamento. Por desgracia nos es imposible penetrar al patio de los Evangelistas, resguardado por los cristales que circundan los claustros, por estar vedada la entrada á todo aquel que no pertenezca á la comunidad de los religiosos agustinos, moradores actuales del convento que tienen ahora bajo su custodia y vigilancia.

Contentémonos, sin embargo, con admirar la magnífica escalera que da acceso al claustro superior, y que es la principal de todo el edificio.

Hase dicho ya que el Escorial es acabada obra arquitectónica, en donde además del arte encerrado dentro de las cua-